GIBALTO

Jaime Aguilera

GIBALTO

Primera edición: diciembre de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Jaime Aguilera
© Victoria Aguilera Marchant: Foto de autor

ISBN: 979-13-87909-72-7
ISBN digital: 979-13-87909-73-4
Depósito legal: M-26782-2025

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A todos los que, sea como sea, ausentes o presentes, hombres o mujeres, de nacimiento o de adopción, residentes o transeúntes, se sienten trabuqueños.

En pocos años, Macondo fue una aldea ordenada y laboriosa que cualquiera de las conocidas hasta entonces por sus trescientos habitantes. Era en verdad una aldea feliz, donde nadie era mayor de treinta años y donde nadie había muerto.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

La edad sería infinitamente más feliz si pudiéramos nacer a la edad de ochenta y alcanzar gradualmente los dieciocho.

MARK TWAIN

Los fantasmas no existen. Esa era mi convicción hasta hace tan solo unos días.

Estaba tomando un café aguado en vaso de plástico en el Au Bon Pain de Harvard Square. Como era habitual cuando estaba solo y no tenía prisa, me había sentado en la barra colocada en el enorme cristal principal, de cara a la calle: era toda una delicia para un irredento *voyeur* ver desfilar delante de mis ojos curiosos a todo un elenco de especímenes humanos tan variopintos. Un viejo profesor con chaqueta clásica de *tweed* que se dirige al campus sosegadamente, que habrá salido con tiempo de su casa de más de un millón de dólares en las afueras de la ciudad. Una madre con vestido estampado elegante que lleva de los brazos a su hijo de pocos años, y que, al contrario que el profesor, van con prisas: aunque haya pasado la hora de entrar el colegio, seguramente tendrán una cita médica con el pediatra del seguro privado. Varios jóvenes estudiantes que llevan en volandas a otro; el curso comenzó hace unas semanas, quizá forme parte de una novatada o del rito de iniciación en una de las sociedades secretas que les hace sentir que pertenecen a una élite. Cuando me siento en ese lugar, también puedo ver al viejo que siempre está jugando al ajedrez en mitad de la plaza, algunos llegaron a decir que era Bobby Fisher disfrazado de mendigo, que había regresado de incógnito desde Islandia y vivía como un indigente haciendo lo que más le gustaba hacer, jugar al ajedrez, con el primero que se atreviera: yo he jugado con él tres veces, y las tres me ha vencido de forma inmisericorde…

Hace unos días estaba sentado en Harvard Square cuando dejé de pensar que los fantasmas no existen. No es cierto: existen.

De entre la gente la vi emerger. Primero pensé que no era posible, porque los fantasmas no existen. Y sin embargo allí estaba ella. O su holograma. No había duda, habían pasado más de cuarenta años, pero

estaba seguro: era Sara. Iba charlando con otra mujer pelirroja que desde luego no parecía latina; todo lo contrario, era el paradigma de los WASP de Nueva Inglaterra (*white, anglosaxon and protestant*: blanca, anglosajona y protestante). Daba la sensación de que el tiempo no había curtido su rostro de arrugas y canas, como sí lo había hecho impunemente conmigo superados los sesenta: por otra parte era lógico tratándose de un fantasma, pertenecen a otra dimensión.

Naturalmente, por fortuna, en ningún momento dirigió la mirada hacia donde estaba sentado. Menos mal, no solo hubiera constatado la existencia de otros seres, sino que hubiera sentido el miedo de su mirada helada, incluso podía haber decidido encaminarse hacia mí de forma amenazante: solo nos separaba una enorme cristalera que hubiera atravesado fácilmente, porque no hay barreras para un fantasma.

Era evidente que las coordenadas de espacio y tiempo habían saltado por los aires. Sara no pertenecía ni al tiempo presente ni mucho menos al espacio de Harvard Square: su dimensión real estaba más de cuarenta años antes y en mi pueblo, en Gibalto. Por eso comencé a creer en los fantasmas.

No fueron más que unos cuantos segundos, el tiempo que tarda una persona en recorrer los metros de acera que van desde que apareció en mi campo visual hasta que su espalda se perdió a mi derecha entre la multitud. Sin embargo, fueron los segundos más largos de mis últimos años, una fugacidad que se transfiguró en una dilación de hielo, en una parálisis inquietante, en una teletransportación a otro lugar y a otro tiempo.

Un día cualquiera no sabes qué hora es
Te acuestas a mi lado sin saber por qué
Las calles mojadas te han visto crecer
Y tú, en tu corazón estás llorando otra vez

De pronto, no sé muy bien por qué, recordé aquella vieja canción de Nacha Pop. Sonó en mi interior con total nitidez, como si

hubieran instalado el antiguo tocadiscos del hermano de Juanmi dentro de mi cuerpo. Tantas veces la habíamos escuchado tumbados en las camas, Juanmi en la suya propia y yo en la de su hermano Curro. Tantas veces la habíamos tarareado, en la habitación, en la discoteca Sputnik, en el pub Jardincito… y siempre decíamos lo mismo…, con el permiso de nuestra Radio Futura, era una de las mejores.

Me asomo a la ventana eres la chica de ayer
Jugando con las flores, en mi jardín
Demasiado tarde para comprender
Chica vete a tu casa no podremos jugar

Seguía asomado a la ventana por la que acababa de pasar el fantasma de la chica de ayer: inmóvil, bloqueado dentro de un bucle que me hacía tararear una y otra vez la dichosa canción.

No tenía prisa, no tenía ninguna cita, nadie me esperaba. Por eso seguía allí, asomado a la ventana y jugando con las flores humanas de la gente que pasaba: en mi jardín particular, íntimo y clandestino. Demasiado tarde, pensé, sí… demasiado tarde incluso para comprender que ya es demasiado tarde. Por qué ahora que mis días transcurren tranquilos, atravesados irremediablemente por el dolor de la ausencia de Lucrecia, mi Lucrecia, pero adormecidos por la morfina de la indolencia, de la inercia de una vida cómoda y solitaria en un lugar donde apenas te conoce nadie. Demasiado tarde para que aparezcan fantasmas, demasiado tarde, sí: chica vete a su casa que no podremos jugar.

Demasiado tarde, sí, pero no puedo dejar de recordar, de tararear… la luz de la mañana entra en la habitación. Decido por fin a levantarme de mi observatorio de aves humanas de Harvard Square, entre otras cosas porque hace mucho tiempo que he dejado de mirarlas, mi mirada ya no está frente a ellas sino en la memoria nunca perdida: una memoria que ha activado un fantasma y una canción.

Me apetece llegar a mi casa y escuchar canciones, ¿por qué no? No tengo que dar explicaciones a nadie. Sí, ¿por qué no?: ¿canciones que consigan que te vuelva a amar? No, demasiado tarde, chica vete a tu casa que no podremos jugar.

Me asomo a la ventana eres la chica de ayer
Demasiado tarde para comprender

Estaba asomado en mi ventana y has tenido que aparecer tú. Hasta llegué a pensar en ese momento que, sin yo saberlo, el fantasma de Sara estaba haciendo conmigo una suerte de telequinesia, porque yo mismo ya no estaba en la ventana de Harvard Square, sino en el otro lado de Atlántico, en un viejo zaguán de una casa de Gibalto en una noche de otoño tardío.

Mi ca-ca-ca-cabeza da vueltas persiguiéndote
Mi cabeza da vueltas persiguiéndote.

Estaba asomado a mi ventana y has aparecido tú, ¿cómo es posible? Demasiado tarde para comprender. Sí, demasiado tarde, pero no dejo de darle vueltas persiguiendo tu recuerdo. Me voy, quiero volver a casa…, mi cabeza da vueltas persiguiéndote…, mi ca-ca-ca-cabeza da vueltas persiguiéndote…

Cuando hace unos días entré en el Au Bon Pain de Harvard Square no creía en los fantasmas. Sin embargo, al poco tiempo salí de él después de haber visto el fantasma de Sara. Salí confuso, azorado y con otras convicciones. Ahora, aunque me pesara, sí creía en los fantasmas. Fantasmas que me llevaban al recuerdo del sabor del primer beso en un zaguán.

Comencé a andar por la Mass Avenue en dirección al centro. Todavía no era Halloween, pero casi todos los escaparates tenían ya desde hace días motivos alusivos a una festividad que para los norteamericanos es la antesala necesaria al día de Acción de Gracias, y que sin querer habían exportado a todo el mundo propagando el virus a través del cine y la televisión. Incluso algunos porteros de edificios sacaban las bolsas de basura de los vecinos y las juntaban en otras más grandes y pintadas como una calabaza, de tal forma que en los jardincillos de entrada se juntaban varias calabazas gigantes y espectaculares que no eran otra cosa que la basura a la espera de ser recogida.

Cuando le di el primer beso a Sara también era Halloween, pero para nosotros no existía todavía ese nombre, seguía siendo el día de Todos los Santos, a secas y en castellano, y seguía sonando a versos del Tenorio y oliendo a lamparita de aceite encendida por los difuntos de la familia, aunque ya no tenían tanta presencia los rituales católicos. Ya no doblaban a muerto las campanas de la iglesia de Santa María Egipcíaca. Mi hermano mayor, Miguel, que había sido monaguillo antes que yo, me contaba que él, junto con los otros monaguillos, iba pidiendo comida y bebida a todos los vecinos de Gibalto: porque tenían que aguantar toda la noche turnándose para que la campana no dejara de llorar con su fúnebre tintineo, y hacían falta víveres que los vecinos gustosamente les daban a los monaguillos. En Camarolos a esto lo llamaban la ureña, pero allí también había desaparecido esta costumbre.

Llegué a casa y me senté en el sillón donde suelo leer. Miré por otra ventana, la de mi habitación alquilada desde donde se ve una calle de Somerville flanqueada de arces enormes, gigantes que ahora están en su esplendor otoñal.

Pero no quería leer, solo quería escuchar música mientras miraba cómo se iba haciendo de noche. Afortunadamente ahora es todo tan fácil, ya no tengo que robar el LP de la tienda de Tórrega porque no tengo dinero, no tenemos que esperar Juanmi y yo a que se vaya su hermano Curro para poner usar su tocadiscos y poder escuchar, por fin, el último disco de La Unión, el que hemos tenido que esperar a que fuera mi cumpleaños para que mis padres me lo regalaran. Ahora es todo tan fácil, me siento en mi sillón y desde mi aplicación en el móvil busco la canción que quiero escuchar de entre millones de ellas, la que sea…

Era difícil quedarnos solos en la discoteca, tener un poco de intimidad, el pesado de Fede no dejaba de hablar con Sara: parecía que se había convertido en un competidor de última hora, cuando era uno de mis mejores amigos. No podía entender a Fede: conocía perfectamente mis planes y mis intenciones; y sin embargo se había erigido en el gran obstáculo. Ya había hablado mucho con ella, quizá demasiado, en la castañada que habíamos hecho por los Santos en el cortijillo de Paco.

Aquel había sido el punto de encuentro acordado, no estaba lejos de Gibalto. Casi todos habían ido en coche menos yo, que había preferido llegar de los primeros dando una caminata, a pesar del frío de noviembre, a pesar de la noche que sin embargo permitía ver el camino con una luna casi llena. Cuando llegué solo estaban Paco y Juanmi. El anfitrión me permitió y me cedió los honores de encender el fuego: la verdad es que no se me daba mal, un buen tronco a modo de base para que unos más finos, formando una especie de tienda india, se apoyaran sobre el primero, y leña muy fina en el hueco que quedaba; ahora solo quedaba rociarlo con un poquito de gasoil y ardiendo, que es gerundio… Mientras tanto, Paco le ponía un transformador de 125 voltios a 220 a un

radiocasete muy antiguo que tenía siempre en el cortijillo funcionando a las mil maravillas, y Juanmi por su parte le hacía la rajita a las castañas que habían venido de fuera porque, curiosamente, a pesar de la gran y variada arboleda del campo de Gibalto, no había castañares. Por eso muchas veces lo que poníamos al fuego eran bellotas, que chaparros sí que había, pero en esta ocasión se habían empeñado, sobre todo las chicas, en asar castañas.

Cuando ya estábamos todos pusimos en el fuego, que había perdido su intensidad inicial, la olla vieja con el fondo agujereado que a saber los años que había prestado servicios en el cortijillo de Paco. La espera era la antesala perfecta para ir sirviendo el primer «pelotazo» en vasos de plástico, para poner música y para que Paco contara a la luz del fuego, por enésima vez, las historias que le refería su abuelo de cuando en las montañas de Gibalto, sí, allí mismo, alrededor de donde estaban, había buitres, y había lobos que bajaban hasta el valle, hasta lo que entonces era una venta, una ermita y unas cuantas casas.

Cae la noche y amanece en París
En el día en que todo ocurrió
Como un sueño de loco sin fin
La fortuna se ha reído de ti

Y en los descansos, entre los buitres y los lobos, entre canción y canción en el radiocasete con transformador, Fede había monopolizado la conversación, las risas discontinuas y cómplices con Sara. Me estaba subiendo por las paredes del cortijillo de Paco: no podía más, no entendía a Fede, que nunca había mostrado ningún interés por ella, que sabía perfectamente que me gustaba Sara y, lo peor de todo, que según información de las amigas, Sara no me hacía ascos sino que se hacía la interesante. Por eso, sin ningún disimulo, y quizá ese era mi error, me interpuse entre ellos dos y cogí las riendas de la conversación, de las risas discontinuas y cómplices. El dúo era una amenaza que había que cortar de raíz.

Estaba impaciente y celoso, pero intentaba disimularlo sin éxito, pienso ahora después de más de cuarenta años. Aproveché que Fede nos dejó solos porque iba a por el segundo pelotazo para acometer el primer intento un tanto desesperado:

—Me he venido andando, hace una noche de luna impresionante… ¿la has visto?

—La verdad es que no me he fijado… —dijo Sara.

—Vamos a la puerta, que te la enseño, verás…

—Quita, quita, que seguramente haya lobos… —y Sara soltó una carcajada, quizá para disimular sus miedos licántropos…

La luna llena sobre París
Ha transformado en hombre a Dennis
Rueda por los bares del bulevar
Se ha alojado en un sucio hostal

Fede regresó y reanudamos el trío a buen recaudo, a salvo de los lobos que acechaban con la luna casi llena en la puerta del cortijillo. Por fin salieron las primeras castañas tostadas que te quemaban entre las manos. Se unió Marisa a la conversación y nos preguntó si habíamos traído más cintas de música en el coche, que estaba segura de que la elección de Paco con la canción de La Unión no era casual, que era para meternos todavía más el miedo en el cuerpo… Le dijimos que no, la miramos con indiferencia y pasamos de ella.

Ni se terminaron las risas de Sara con Fede ni los pelotazos. Ni siquiera el fuego: lo único que se terminaron fueron las dos ollas de castañas. Casi todos estaban a gusto, especialmente Sara y Fede, Fede y Sara, pero Marisa y yo insistimos en irnos ya para la discoteca, que ya iba siendo hora. En el fondo a Marisa y a mí nos movían motivos parecidos para defender nuestra propuesta: Marisa tenía miedos de los lobos de Gibalto en general y yo de uno en particular que tenía frente q mí. A base de insistir conseguimos movilizar

al personal. Paco apagó las brasas y metimos la bebida sobrante en el Renault 12. Antes de subirnos en los coches, con Fede, cómo no, delante, le dije a Sara:

—Mira la luna, Sara. Está preciosa, te la estás perdiendo —y continué repartiendo fuego, ahora mirando a Marisa—, pero tranquila, que todavía no está llena, y hasta entonces no bajarán los lobos…

La luna llena sobre París
Algunos francos cobra Dennis
Auh, lobo hombre en París
Auh, su nombre es Dennis

Llegamos a la explanada junto a la discoteca Sputnik y aparcamos los dos coches. Antes de tirar los hielos sobrantes nos bebimos, un tanto apresuradamente, el último pelotazo en vaso de plástico. Los siguientes serían pagados y en vaso largo de cristal.

Estaba convencido de que Fede se iría a hablar con unos y con otros, a hacer el tonto en la pista de baile, pero no fue así: siguió pegado a Sara con una lapa de agua dulce, como un licántropo dispuesto a chuparle la sangre a ella, y a quemármela a mí de paso. De nuevo me uní a ellos, ahora en uno de los apartados con sillones de escay de la Sputnik. A los pocos minutos Sara se excusó para ir al servicio. No podía más, iba a estallar, era momento de poner pie en pared:

—¿Se puede saber qué coño haces?

—Qué coño de qué, ¿a qué te refieres? —se mostró sorprendido Fede.

—¿Que a qué me refiero? A que vaya marcaje que te estás pegando esta noche con Sara, que pareces su sombra, macho…

—Uy, uy, uy… Davilillo el celosito… —tarareó.

—Ni celosito ni hostias, lo que quiero es que te aclares, porque a lo mejor fui un estúpido diciéndote, a ti solo, que me gustaba Sara, y ahora parece que lo haces a posta, joder, así que aclárate,

coño, sé claro, como yo lo fui contigo, y dime si a ti te gusta también Sara, porque si es así sin problema, toda para ti… —rematé con cinismo.

—Tranquilo, compañero, toda tuya… madre mía cómo está el patio…

Y se levantó cogiendo su vaso de cristal y se fue con Inma, que llevaba ya un rato en la pista de baile.

Sara regresó y se sentó conmigo. Como era habitual en la Sputnik, salvo en la parte más alejada de la barra, el volumen de la música te impedía hablar con normalidad: tenías que subir el volumen y acercarte a la oreja de tu interlocutor. Esta coyuntura, que generalmente se convertía en un inconveniente, en mi caso era un delicia: en primer lugar porque eliminaba a Fede y a cualquier otro moscón que se acercaba, no había sitio para tríos o multitudes, la conversación era un dialogo íntimo y privado entre Sara y yo; en segundo lugar, porque me permitía acercarme a su oído, verla más de cerca, y, sobre todo, poder escrutar a duras penas, refugiándome en la oscuridad de los sillones de la discoteca, su cuello blanquecino que moría en un canalillo de perdición, incluso se podía ver durante un segundo el encaje negro que bordeaba su sujetador.

En ese boca a oreja y oreja a boca que se iba alternando hablamos del último disco de Radio Futura, del curso que llevaba pocas semanas para ella y para mí, de lo bien que bailaba Inma: de cualquier cosa menos de la luna y de los lobos… Hasta que arriesgándome a perder la exclusividad de su escucha la invité a bailar a la pista de baile cuando comenzaron los acordes de la guitarra mágica de un argentino. Le dije que me encantaba la canción, no le dije que era toda una declaración de intenciones.

Hey, no me digas nada,
Lo veo todo en tu mirada,
estás intentado irte
y yo deseo conseguirte.

Comenzamos a movernos rítmicamente en la pista. Parecía que nos habíamos puesto de acuerdo con Fede e Inma para relevarlos, porque decidieron dejar de bailar, confiaba en que el no querer compartir pista no fuera producto del enfado por la conversación que habían tenido con él. Sabía que estaba a punto de llegar el estribillo, y justo dos segundos antes comencé a saltar agachando la cabeza todo lo que podía, para evitar cualquier tentación de dirigir la mirada a una Sara que suponía seguía bailando junto a mí, pero a la que ahora no podía dirigir la mirada porque el mensaje visual sería demasiado explícito.

Lo cierto es que cada vez me sentía más a gusto, mis piernas, mis brazos, mis caderas, mi cuello… todo eran partes de un todo que unía la argamasa de la armonía, de la seguridad, de la confianza, de la tranquilidad. Y lo mejor de todo es que notaba que también Sara estaba entrando en el estado de bienestar musical que casi te apartaba de la realidad para llevarte a mundos más inefables…

Hey, siéntate a mi lado,
hey, me gustas demasiado,
estoy nervioso y excitado,
nena, no me dejes colgado.

Los menos de cinco minutos que duraba la canción fueron la duración de un paréntesis de irrealidad barnizada de deseo, un sortilegio con fecha de caducidad: nena, no me dejes colgado…

Justo al terminar la canción, para no dar pie a quedarse a bailar la siguiente, que casi hubiera sido lo normal porque solo habíamos bailado una, me dirigí a Sara con naturalidad, dando por hecho que no admitía un no por respuesta:

—Te invito a otro pelotazo…

—No, no, me he bebido dos con las castañas, otro en la puerta de la disco y otro más en la mesa… no, no…

—Venga, por favor —insistí—, no me hagas ese feo, nunca te he invitado… es primera vez, y a la primera vez nunca se le dice que no…

—Uff, si te pones así…, vale…

Abandonamos al mismo tiempo la pista en dirección a la barra; cerca, pero sin tocarnos. Me hubiera gustado cogerle la mano, guiarla y avanzar entre la gente cogidos de una mano, y que todos lo vieran, que todos supieran que estábamos saliendo…

Ven, dame la mano,
nadie nos estorba,
hoy no hay nadie en casa
y me encuentro muy en forma,
deja que te quite la ropa
y no apagues la luz.

Llamé a Cándido, el camarero, con naturalidad y confianza, como si fuera un gran amigo de toda la vida:

—Cándido, ponnos cuando puedas dos «destornilladores»…

—¿Un destornillador? —preguntó Sara— ¿eso qué es?… no, ponme otra cosa…

—Tranquila ¿no lo conoces?, es vodka con naranja, está muy bueno, ya verás…

—Uff, no sé…

Pero no opuso más resistencia. Es más, aproveché el ángulo muerto de Sara con respecto a mi mano izquierda y le indiqué a Cándido que fuera generoso con el vodka, que no tuviera reparos.

A Sara le gustó mucho el destornillador. El alcohol estaba haciendo sus efectos, porque se reía con facilidad, con cualquier comentario que hiciera. Además mantenía la mirada fija en mí, una mirada miope un tanto perdida pero que conseguía que al cabo de los segundos tuviera que torcer la cabeza.

Cada vez eran más visibles los efectos etílicos, también en mí, aunque sobre todo en Sara. Cuando fueron finiquitados los destornilladores, le dije que me marchaba a casa, pero que si ella se iba también, la acompañaba antes a la suya. Me dijo que sí, que la acompañara a su casa, pero no a la de sus padres sino a la de su abuela, que hoy le había prometido dormir con ella y desayunar al día siguiente churros con café con leche.

Me gusta cómo miras,
me gusta cómo vas,
tu piel y tu sonrisa,
tu manera de hablar,
querías irte
y ahora estás aquí,
me alegro mucho,
de verte tan feliz.

No nos despedimos de nadie. Paco y Juanmi bebían en una mesita; algunos como Josemi e Inés ya se habían ido antes. Le pagué a Cándido e hicimos mutis con el foro sin ni siquiera mirar a la pista donde Fede e Inma habían vuelto a bailar ante la mirada celosa de Marisa. Al salir del ambiente recargado y lleno de humo de la Sputnik una bocanada de aire frío te golpeaba la cara, pero bien abrigado era una bofetada profiláctica, que te despejaba, que te agradaba.

Caminamos por las calles gélidas y vacías de Gibalto, a la luz de farolas cansadas, amarillas y macilentas. Apenas hablábamos, para no despertar a las farolas. Un perro errante se cruzó delante de nosotros con el rabo entre las piernas. A pesar de que el can tenía más miedo que Sara fue esta quien se asustó e instintivamente se juntó a mí y me cogió el brazo. En ese momento quise adoptar al perro que posiblemente no tenía dueño, porque gracias a él Sara

había buscado mi protección, y eso quería decir —o al menos eso quise pensar— que no tenía inconveniente en que fuera su chico, era una señal inequívoca de que aceptaba mi protección. El resto del trayecto noctámbulo me sentí dichoso, henchido de un estado de euforia contenida y disimulada.

Llegamos al portal de la casa de su abuela y abrió silenciosamente la puerta de madera. Se volvió y acercó su cara a la mía para despedirse con un beso en la mejilla, pero yo desvié su trayectoria y acerqué tímidamente mis labios a los suyos. Y la besé fugazmente, amparado quizá en la inhibición del alcohol, espoleado tal vez por el papel recién estrenado de caballero protector de damas frente a perros vagabundos, en la creencia de que estaba protegido por la complicidad de las tristes farolas, en la impunidad de sentirme embadurnado de la alevosía de la madrugada triste y solitaria. Los labios se apartaron, y dos eternos segundos después fue ahora Sara quien los acercó a los míos, dando el plácet para unos besos furtivos y todavía recelosos, como si ellos mismos, los labios, no se creyeran lo que estaba ocurriendo.

Y yo repetí la jugada y volví a besarla, otorgando acuse de recibo de su carta de vuelta lacrada con carmín. Y entonces ella me cogió del brazo. Y nos metimos en el zaguán secular con farol de cristales de colores y azulejos hidráulicos antiguos. Y entrecerró la puerta dejando una fina hendidura por donde se colaba la luz tenue de la calle, la suficiente para tan solo vislumbrar su silueta idealizada. Y se apoyó contra la pared y me invitó a aprisionarla con deseo fresco y carnoso.

Los besos fugaces y de tanteo de la calle se convirtieron en fusiones afrutadas con regusto a alcohol que solo se despegaban milimétricamente para permitir el mínimo oxígeno posible para seguir respirando. No teníamos prisa, el zaguán era el escondite perfecto para los amantes neófitos, la zona desmilitarizada entre la mirada de abuela y la de los transeúntes insomnes, el puerto franco que no pagaba peajes ni impuestos, donde no había relojes y todo estaba permitido.

Sin dejar de besarla subí la mano izquierda por su costado en dirección a su sujetador, pero rápidamente salió al quite su mano y me la bajó con suavidad firme y contundente: no había que correr, ahora tocaba lo que tocaba. Capté el mensaje y seguí macerando la ensalada de otoño labial.

Al cabo de un tiempo que no podía medir, que podían haber sido muchos segundos, o varios minutos, Sara me dijo al oído, muy quedamente, buenas noches, y volvió a besarme, ahora como remate final de despedida. Me despegué y abrí la puerta sin hacer ruido para salir a la calle.

Apenas pude sentir cómo se cerraba la puerta a mis espaldas. No me volví, quizá para no romper el «beneficio», para no convertirme en estatua de sal por no ser creyente de mi propia euforia. Sí, había ocurrido, no era un sueño, nos habíamos besado, y eso significaba que estábamos saliendo, y encima sin necesidad de la pregunta formal de si quieres salir conmigo; sí, estábamos saliendo, porque era de esperar que esto no fuera un calentón de Sara producto del alcohol, no fuera a ser que el destornillador potente de Cándido le hubiera aflojado un tornillo de su conciencia, y mañana no recordara nada y se hiciera la tonta cuando nos viéramos otra vez; o peor aún, que si se acordara pero renegara de ello, que no había nada entre nosotros, que había sido un momento y ya está… No, seguro que no, era mi propia ilusión desaforada la que me hacía ver cosas donde no las había… Los labios no engañan, y si hubiera sido un calentón le hubiera dejado subir la mano hasta su pecho, y mira como ahí sí estaba consciente y en su sano juicio; no, la cosa iba en serio; sí, estaba saliendo; llevaba apenas diez minutos saliendo con la tía más guapa, más buena, más lista y más simpática de Gibalto…

Regresé a mi casa radiante. El frío me resultaba cálido y acogedor, las farolas parecían sonreírme. Si me hubiera encontrado otra vez con el perro vagabundo me lo hubiera llevado a dormir a mi cama.

Entré con cuidado. Fui al cuarto de baño y a mi cuarto sin encender luces. Me puse el pijama y me acosté en la cama fría. Y me

arropé para quedarme dormido debajo de las sábanas de la ilusión virginal, al cobijo de las mantas de la más irreal de las felicidades, de la más irrepetible de las dichas.

Por eso quiero, quiero, quiero besarte…